

# Japón perdido

Los ensayos realizados por dos occidentales enamorados de este país, Keene con un repaso por la literatura y el teatro japonés y Kerr denunciando el olvido de la tradición, pretenden resucitar el glorioso pasado de la cultura nipona



Toda obra literaria es un esfuerzo destinado a no desaparecer para intentar dejar testimonio de lo vivido, de modo que, al ser leído, reviva objetos, pensamientos, sombras, lugares y personas. Así lo expone con gran precisión el escritor italiano Salvatore Satta en su magnífica novela *El día del juicio*: “Para conocerse hay que desarrollar la propia vida hasta el fondo, hasta el momento en que se entra en la fosa. Y también entonces hace falta que exista alguien que te recoja, te resucite, te cuente a tí mismo y a los demás como en un juicio final”.

Dos ensayos sobre Japón, *Los placeres de la literatura japonesa* de Donald Keene y *Japón perdido* de Alex Kerr se plantean como obras que tienen la voluntad de resucitar el glorioso pasado cultural de Japón y de sus protagonistas. Donald Keene es uno de los principales expertos occidentales en la cultura japonesa y autor de la prestigiosa obra *A history of Japanese literature* plasmada en cuatro volúmenes. Alex Kerr, estadounidense como Keene, ha recibido el premio Shincho Gakugei al mejor ensayo publicado en Japón.

Su amor a este país lo ha llevado a impulsar programas de conservación de los objetos, las tradiciones y la arquitectura de la etapa pre-Meiji (la edad media japonesa). Los dos autores, sin pretender caer en la nostalgia, nos inundan de ella, al revivir un mundo vencido por el tiempo. Cada página nos lleva al pasado para que constatemus que hubo un tiempo no muy lejano donde la belleza, la quietud, la tradición y la naturaleza gobernaban la sensibilidad japone-

sa. La pérdida de estos valores atañen también a Occidente ya que, con el tiempo, nuestra Europa de castillos, museos y ciudades más antiguas ha sufrido la misma suerte y en ella la fealdad, la banalidad, la excitación y la novedad han impuesto su hegemonía.

## El valor de la asimetría

El Japón que Keene y Kerr nos invitan a habitar es el país de los dioses. Uno de los poemas es el escrito por el dios Susano: “Hay ocho nubes / en el palacio de Izumo / el de ocho vallas, / donde mora mi esposa, de ocho vallas guardada”. Dioses escribiendo poemas anuncian que entramos en una cultura fascinante. El escritor Lafcadio Hearn ya lo exponía al llegar a Japón en su libro de viaje *En el país de los dioses*: “El primer hechizo de Japón es tan intangible y volátil como un perfume”. En el ensayo *Los placeres de la literatura japonesa*, Keene nos descubre la lógica interna de la cultura japonesa desde el siglo XIV, marcada por cuatro pilares: la sugestión, la irregularidad, la sencillez y el carácter precedero. Una reflexión de Kenko nos descubre el camino de la sugestión: “¿Solo se deben contemplar las flores de los cerezos cuando están en su mayor esplendor; y la luna cuando no la cubre ninguna nube?”. La irregularidad nos lleva a descubrir la importancia que da la cultura japonesa a la asimetría, al contrario de la cultura china que la busca incesantemente. La sencillez nos remite a la ceremonia del té con su elegancia discreta. Y en su hermoso ensayo *El elogio de la sombra*, Junichiro Tanazaki descri-

Ilustración que representa la celebración de la promulgación de la Constitución Meiji en 1889 en el Puente Doble del Palacio Imperial ARCHIVO

Belleza, tradición, quietud y naturaleza han sido sustituidas por cemento, luces de neón y robótica

## los libros

**Donald Keene**  
**Los placeres de la literatura japonesa**  
SIRUELA. TRADUCCIÓN AL CASTELLANO: JULIO BAQUERO. 144 PÁGINAS. 18,95 EUROS

**Alex Kerr**  
**Japón perdido**  
ALPHA DECAY. TRADUCCIÓN AL CASTELLANO: NÚRIA MOLINES. 304 PÁGINAS. 21,90 EUROS

be el poder que tiene lo efímero en su cultura: “La belleza pierde su existencia si se le suprime los efectos de la sombra”.

## El camino hacia el olvido

Nos adentramos en un mundo que en la mirada del viajero Kerr se desmorona ante los impasibles ojos de los japoneses, cuando se pregunta: ¿por qué los japoneses no pueden conservar lo que es valioso al tiempo que se modernizan? La respuesta es que esta cultura, marcada por lo frágil y lo efímero, donde el rito, la síntesis y la belleza quedaban atrapados en el Kabuki, en la ceremonia del té, en los poemas de Basho, o en los almendros en flor, está hoy más pendiente de los neones o de la robótica, tomando distancia y olvidando su pasado.

Mientras nos explica las peripecias de la reconstrucción de una vieja casa japonesa, Alex Kerr desvela las contradicciones de una sociedad que camina hacia el olvido. En el capítulo dedicado al teatro tradicional japonés de la mano del arte del Kabuki, Kerr relata la breve conversación entre Tamasaburo, uno de sus actores más importantes, con un espectador inglés que le pregunta: ¿por qué quiso ser actor? Y Tamasaburo responde: “Porque anhelaba un mundo de belleza que estuviera fuera de mi alcance”. La conversación permite observar, a través de este mundo desvelado por Kerr, que hay un Japón que ya no está orientado a la belleza, que ha perdido la voz de sus dioses, que camina destruyendo la sombra y que ha acabado apostando por el vértigo de lo nuevo. Las estancias vacías se han convertido en habitaciones decoradas con múltiples objetos; las cubiertas de paja tradicionales han desaparecido del paisaje de Japón, siendo sustituidas por cemento y hormigón.

La mirada de los autores de ambos ensayos, el de Keene ofreciéndonos una lectura sutil y compleja de la poesía, la prosa y el teatro japonés, y el de Kerr con su admiración y denuncia de ese Japón perdido que se va desmaterializando ante sus ojos, no son diferentes al sentimiento de acabamiento que vivió Paul Morand cuando vio desaparecer progresivamente su anhelada Venecia. En su libro *Venecias*, Morand nos ofrece un fresco de la ciudad de los canales desde principios de siglo XX hasta 1971 a través de los viajes que realizó a la ciudad a lo largo de su vida. Los ensayos de Keene y de Kerr deben leerse como una elegía. Al igual que Morand denunció el final de una Venecia contemplada a manos de una Venecia fotografiada, ellos emiten un “juicio final” al Japón perdido para que siga entre nosotros. |

